tades que tuvo para saltar al borde del nido; el cómo su sentimiento de amor se fué extendiendo á todo lo que le rodeaba; los deseos de cantar un himno cuando comprendió tanta grandeza.

La madre seguia diciéndole:

"Mira á tu alrededor. No ves que todo se mueve? Pues entonces, muévete tú también. No permanezcas como esos hombres de Dios que consumen el trabajo de los demás...... Ahora fijate en aquel güitite: esos pajaritos que revolotean allí son hermanos tuyos. No te importe que lleven vestiduras de diferentes colores, que uno se llame viuda, otro pecho amarillo; es mejor que no sepas quienes son, para que así les hagas el bien por el bien mismo, no por recompensa ni por vanidad, como acostumbran á hacerlo las señoritas que por allá se ven pasar.

El yigüirro triste solo piensa en su vida pasada, y se esponja de sufrimiento al recorrer en su imaginación los consejos de su madre.

Viendo desde su jaula á sus hermanos comiendo las frutas de un mismo árbol, evoca aquellas palabras sagradas, como que se las oyó á la que le dió el ser:

"Ve á tus semejantes: juntos picotean lo que produce la tierra. No así hacen los hombres: ellos son egoistas, todo lo quieren para sí solos; unos pocos se han apropiado del suelo, almacenan sus productos, y hasta los dejan perderse, en tanto que otros pobres no tienen un pan que engullir."

Nunca se borrará de su memoria la ocasión en que cayó prisionero.

Estaban juntos él y su madre. Ella le explicaba el por qué las aves no tienen patria.

"No tenemos patria-decía-porque el amor no se estaciona; es un sentimiento que crece con la comprensión